
DIA TRECE.

LOS ESPONSALES Y EL MATRIMONIO.

*Pars bona, mulier bona, in partem
tium Deum dabitur viro pro factis bonis.*

Es una suerte dichosa la mujer buena: suerte que tocará al que teme á Dios, y será dada al hombre por sus buenas obras.

(ECL. XXVI, 3.)

La mayor parte de los hombres contraen matrimonio, el gran sacramento de la Iglesia, como le llama San Pablo. Y con razon; porque de este sacramento nace el principio con que se mantiene viva, crece y prospera la humana familia, y el reino de Jesucristo se multiplica siempre con nuevos hijos. Sin embargo, son muchísimos los arrepentidos, y rara vez recogen tales frutos que satisfagan sus esperanzas. ¿Por qué esto, hermanos míos? ¿Acaso no es el matrimonio, en realidad, lo que significa, segun derecho, ó sea, aquella religiosa, social y solemne institucion, cuya grandeza anunciaba el Apóstol de las naciones á los hijos de la Redencion? Si; esta institucion es grande y maravillosa, y nobilísimo el estado que de ella proviene en la sociedad; pero el Apóstol añade, que esa grandeza y excelencia viene de Jesucristo y de su Iglesia. Lo cual significa, que el matrimonio, además de representar, mediante la santidad, la mística union que existe entre Jesucristo y la Iglesia, es necesario que se efectue bajo los auspicios de la Religion, no solo por lo que se refiere á las ceremonias con que suele celebrarse, sinó tambien, y muchísimo más, en cuanto al espíritu que la Religion infunde y fecunda en el corazon de los contrayentes; quienes deben de antemano conocer perfectamente el fin á que fué ordenado por Dios; y considerar, asimismo, todas las cargas, no por cierto ligeras, que le son inherentes, las cuales es imposible sobrellevar sin el auxilio de la gracia divina. Y aquí confieso, verdaderamente, que no llevo á comprender el por

qué en nuestros dias haya hombres, que quisieran encerrar este estado fundamental de la vida de la humana familia y del consorcio civil, en los estrechos y miserables límites de un contrato meramente humano, prescindiendo por completo de la Religion. Pues, si á pesar de los esfuerzos de esa custodia divina de los tálamos y maestra de las virtudes, con harta frecuencia se rompe y huella la fé conyugal, y se olvidan los más sacrosantos deberes de familia; ¿dónde iríamos á parar, si el matrimonio careciese de sancion celestial? ¡Oh, hermanos míos! los paganos serán los que formulen nuestra condenacion en el tribunal de Dios, pues todos ellos, en todo tiempo y en todo lugar, consideraron el matrimonio como el acto más solemne de la vida, y por lo mismo, lo sancionaban con actos religiosos. Israel, tipo y figura del verdadero pueblo de Dios, y depositario de la tradicion primitiva, ¿acaso no invocaba el auxilio y la gracia del Cielo para santificar el matrimonio, bien que por la dureza de su corazon, profundamente viciado y corrompido, le hubiera Dios permitido lo que no lo era en su primitiva institucion divina? Esto es, precisamente, lo que veremos esta noche para nuestra saludable enseñanza en la celebracion de los esponsales y de las bodas de María! Pidamos ántes la gracia: A. M.

Para proceder con órden, conviene recordar, que entre los Hebreos, ántes del acto religioso del matrimonio, se celebraban, indispensablemente, esponsales, que, como es sabido de todo el mundo, son la solemne promesa que ha de cumplirse en el tiempo establecido por ambos contrayentes. Dichos esponsales tienen razon de contrato, en el cual se determinan las condiciones conocidas y aceptadas por ambos esposos. Esta promesa, segun antiguas memorias, hacíase por escrito del modo siguiente. «El año tercero, por ejemplo, el dia diez del mes de Tirsi, José, hijo de Natan, ha dicho á María, hija de Joaquin: Tú serás mi esposa, segun el rito de la ley de Moisés y de Israel. Prometo honrarte y proveerte de alimentos y de vestidos, como lo practican los maridos Hebreos que honran á sus mujeres, y las mantienen, segun se conviene. Miétras tanto te doy en dote doscientos zusi (unas doscientas cincuenta pesetas), conforme lo manda la ley; y te prometo, además de los alimentos, del vestido y todo cuanto necesitares, la amistad conyugal, cosa comun á todos los pueblos de la tierra (1).»

Explicemos brevemente esa fórmula por su antigüedad veneranda, y rica en útiles enseñanzas. En primer lugar, pues, decía el

(1) Orsini: *La Vergine*, tom. I, cap. VII.

futuro esposo á su prometida: «Prometo honrarte.» Ahora bien: creo yo, que honrar á la mujer, ante todo, equivale á decir, respetarla en su fé religiosa y en la delicada piedad de su corazon. Por consiguiente, el prohibir á la mujer, como sucede con harta frecuencia hoy dia entre nosotros, ir á misa, confesarse, y, en una palabra, vivir segun los principios y las obligaciones de su fé, creo, repito, que no solo es impiedad, sinó tambien tiranía, de que no se hallan ejemplos en la historia; ni aún entre los pueblos bárbaros y salvajes, cuyas mujeres son esclavas. Por lo mismo que la mujer tiene un alma que santificar, goza de los derechos sacrosantos é inviolables de libertad religiosa, que ninguna autoridad de amo ni de esposo puede coartar. Y además, ella es compañera del hombre, no esclava suya, ó instrumento de que pueda usar y disponer caprichosamente; es carne de su carne, y hueso de sus huesos (1). «En segundo lugar, prometo, decía el esposo hebreo, proveerte de alimentos y vestidos, como lo hacen los maridos hebreos que honran á sus mujeres, segun se conviene.» Con esto se comprende, fácilmente, que abandonarlas á sí mismas, y suministrarlas el sustento de un modo que apenas puedan vivir, el vestido más preciso para que no vayan desnudas, y exigirles con repugnante avaricia las cuentas del dinero invertido mañana y tarde para las minuciosas necesidades de la casa, mientras que, por otra parte, se derrocha el caudal en comilonas, diversiones, fantasías y antojos; ¡quiera Dios que no fuera para cometer delitos! es bárbarie, feroz tiranía y crueldad contra la propia sangre. «Te prometo, decía, finalmente, la amistad conyugal; cosa comun á todos los pueblos de la tierra.» Y aquí, verdaderamente, hermanos míos, si me fuera lícito en este lugar santo hablar con toda libertad, y no temiera ofender los castos oídos, como ministro de Dios tendría que referir gravísimas cosas, y revelar tremendos delitos. No obstante, no puedo ménos de decir, que el hombre á quien el rostro virginal y la primera maternidad de su compañera no bastan para ligarle con un amor estable, ni mantenerse casto dentro los límites del santuario del tálamo nupcial; ese hombre, por cierto, no tiene entrañas ni corazon; y así, no espere jamás en su vida contento ni felicidad, sinó más bien execrables maldiciones de su esposa y de sus hijos, y el horror de todo hombre honrado, y además, deberá dar cuenta de ello á la divina justicia. Puede decirse que ese tal no es verdaderamente hombre, sinó bestia.

Así, pues, como queda dicho, hechos los esponsales entre José y

(1) GÉNES. III, 23.

María, y haber dejado transcurrir, segun la costumbre hebrea, algunos meses de espera, se llegó, por último, al desposorio; al que, conforme á la ley, eran llamados á asistir todos los parientes, á fin de revestir la religiosa y doméstica ceremonia de la mayor solemnidad posible. Ahora bien; ántes de proseguir, investiguemos, hasta el punto que nos es lícito, el motivo por que la Virgen estaba en los decretos divinos destinada al matrimonio. Muchas razones, y todas luminosísimas, aducen para ello los antiguos Padres de la Iglesia, que se refieren á Jesucristo de un modo especial. Yo observaré, solamente, que en este desposorio se cumplió la renovacion del Eden, que empezó en María, desde el primer instante de su concepcion, no contrayendo la culpa original, que causó la ruina de nuestros primeros padres y de toda su descendencia. Es decir: del mismo modo que Eva fué virgen y esposa durante el tiempo que vivió en el Eden, así virgen y esposa fué María; pero lo fué siempre, y no un solo instante de su vida. Destinada á representar y santificar todos los estados de la vida, todos coexistieron en ella, mientras que en toda hija de Eva se suceden el uno al otro; y en todos alcanzó la perfeccion, pues fué esposa de José, y luego Madre de Jesús, sin dejar de ser virgen. Toda mujer, además, al casarse, acepta y hace suya la nacion y la familia del hombre á quien se une; y así lo hizo la Virgen, la cual, con el desposorio, se ligó, voluntariamente, como lo era por naturaleza, puesto que esa era la voluntad de Dios, al destino del pueblo de Israel; y más particularmente al de la casa de David, cuyo destino era de que diese á luz al Mesías redentor del Universo. Y al unirse ella al destino de aquel pueblo y de aquella casa, se unía al destino de todo el género humano, al cual venía á salvar su divino Hijo. Finalmente, el estado conyugal, á que la había destinado el Cielo, además de enriquecer, como enriqueció, á su alma de perfecciones y virtudes propias de aquel estado, sin detrimento de la perfeccion de la virginidad, había tambien deservir, como en realidad sirvió, para multiplicar las relaciones humanas de Jesucristo en la vida terrena, preparándole un hombre á quien debiese honrar como á esposo de su Madre, y serle grato como á bienhechor propio. Y, realmente, José amó, protegió, y procuró tanto bien á la infancia de Jesucristo, como se procura á la de un hijo natural; por consiguiente, no puede dudarse que Jesucristo le amó con correspondencia, y, por lo mismo, se le manifiesta siempre reconocido; lo cual debía resultar, como ha resultado, en beneficio nuestro; habiendo adquirido por este medio en José, un poderosísimo intercesor nuestro en el Cielo. Y si Jesucristo amó á José, ciertamente se hizo digno de ello, puesto que Jesucristo apreció

las personas y las cosas tales cuales eran. Y de ahí se viene en conocimiento de cuán grande y maravillosa sea la dignidad de san José. Al reflexionar, que él fué la única persona humana á quien Jesucristo debió, en justicia, en rigurosa justicia, mostrarse agradecido, no podemos ménos de admirar su grandeza; y esta grandeza nos obliga á honrarle, y nos enseña el por qué son honrados los Santos. Ya que Jesucristo, á quien todo se lo debemos, le quedó agradecido, también nosotros debemos serle gratos, y completar, ó más bien, adornar la adoracion á Jesucristo con la veneracion de José. Y tal es, en general, la veneracion de los Santos: de donde se sigue, que no conocen bastante la obra cristiana nuestros hermanos disidentes, los protestantes, que nos reprenden del culto á los Santos. ¿Qué injuria puede hacerse á Jesucristo, honrando á aquellos que Jesucristo honró? Me lisonjeo de que os habrá sido agradable que haya aquí ocupado vuestra atencion sobre esta grandeza del santo Patriarca; de esta figura sencilla, modesta y venerable, porque dentro poco desaparecerá del lado de su bendita esposa María: pero nosotros no debemos olvidar su memoria, ni dejar de amarle. Ahora volvamos al relato.

Corría, pues, la noche del día veinte y dos de enero, y la luna, saliendo lentamente tras los montes de la Arabia, esparecía desde el firmamento su misteriosa y argentina luz; cuando hé aquí que se dirigió hácia la casa de la Virgen una muchedumbre de mujeres ricamente vestidas, con el correspondiente cortejo de siervos, que llevaban en la mano antorchas de abeto encendidas; y era maravilla verlas, pues aquella luz, reflejada por los dorados cíngulos, por las redencillas de perlas y medias lunas de joyas que coronaban su frente, y por los diamantes de sus tiaras de Persia (1), se esparecía por todos lados como por un prisma investido de los rayos del sol. Si se añade á este atavío, el que, según la costumbre de aquellos tiempos, se teñían de negro la parte superior é inferior de las cejas, y de minio y encarnado, como el cáliz de la rosa selvática, las extremidades de los dedos, puede imaginarse el efecto que produciría aquella suerte de adornos femeniles que se usaban para las solemnidades de los matrimonios. Y así que hubieron llegado al umbral de la habitacion de María, fueron introducidas en la sala principal, donde ella estaba sentada honoríficamente, en medio de las piadosas matronas y deudos que le formaban corona; las cuales, despues de abrazarse mutuamente, ante todo, ensalzaron y bendijeron á Dios que había criado al esposo y á la esposa, á quienes ofrecieron, en homenaje de benevo-

(1) *Isai.*, cap. III.

lencia, congratulaciones y augurios, como en festiva preparacion para el solemne acto que iba á celebrarse. Es de inferir, que estas ceremonias conmovieran profundamente á María, al verse objeto de tanto cariño: ceremonias que se usaban en la nacion hebrea, y que, por lo tanto, debemos suponer que se practicaron, igualmente, en el matrimonio de María.

Ella, pues, según costumbre, debía vestir de fiesta, con una larga túnica de Tiro, parecida á la de las vírgenes de Judá en los días más solemnes de su nacion; llevar preciosos pendientes, y brazaletes de oro en los brazos, en memoria de los tiempos y costumbres patriarcales; don indispensable que le hizo José en el día de los esponsales (1); además, un magnífico collar de perlas, guarnecido de brillantes, que descendía del cuello al pecho; y sobre la cabeza, en vez del áurea corona en forma de torre, que solían llevar las esposas de los ricos (2), una sencilla guirnalda de mirto, que debía hacer dulce contraste con sus blondos cabellos; y finalmente, un velo de Sidon, recamado de oro y plata, que la cubría majestuosamente de piés á cabeza, ondeando como una nubecilla vespertina dorada por los rayos del sol poniente. ¡Bello adorno, era, por cierto, el que se usaba en aquellas orientales regiones, y, al propio tiempo, sencillísimo, que me figuro haría aparecer á aquella criatura, ya de suyo divina, tan sorprendente, hasta el punto de quedar arrobado todo corazón! He dicho aquella criatura ya de suyo divina, puesto que era la misma inocencia salida purísima de las manos de Dios; y esta inocencia, y no los ornamentos, confería reputacion y esplendor á todos sus actos y á toda su persona; verdadera causa de su belleza, de sus atractivos y de sus gracias celestiales. La inocencia, hermanos míos, que conservada entera como la recibimos nosotros en el bautismo, ó adquirida de nuevo por medio de los demás sacramentos, es, en los jóvenes, el candor de la virginidad; en los esposos, la integridad y custodia de la virtud conyugal; en los ancianos, la sonrisa de una conciencia purificada y limpia de pecado; en todos, el rayo de la faz de Dios, que nos embellece con su belleza y atestigua al mundo que somos su imagen y semejanza. ¡Oh bella inocencia! oh virtud del todo celestial y divina! ¿Dónde moras? pues acá en la tierra, solo veo ahora desconciertos, liviandades y todo género de pésimas costumbres.

Pero, prescindamos, en este momento, de la gloria con que tanto

(1) *Correspond. d' Orient.*; lettera 147.

(2) *Basnage*: lib. VII, cap. XII.

resplandeció la bellísima Virgen María, en el cortejo nupcial, y acompañémosla, según el rito, á la nueva habitacion, que le estaba preparada en la casa de su esposo. Ved ya dispuestos cuatro joven-citos israelitas, que, según la usanza hebráica (1), desplegado un dosel de precioso lienzo, la toman y conducen como en triunfo: tiene á uno de sus lados á una matrona, que figura su madre Ana, y al otro su querida prima María Cleofé (2); y así, al son de arpas, tímpanos, flautas y tamboriles, se dirigen hácia el lugar designado, mientras que la regocijada muchedumbre del pueblo, saliendo por el camino, agita por los aires ramos de mirto, de olivos y palmas: finalmente, viene José, llevando en la cabeza una corona formada de terroncitos de sal trasparente como un cristal, todo al uso propio de aquella nacion, seguido de numeroso cortejo de amigos, que manifiestan su alegría con aclamaciones y cánticos, que un moderno viajero, á quien cupo ver semejantes usos en la Siria, compara al festivo tropel de segadores ó de vendimiadores de las colinas en tiempo de la cosecha. Entretanto, las mujeres de Israel, colocadas en doble fila, á derecha y á siniestra, por donde ha de pasar el nupcial cortejo, arrojan flores y ramos á los piés de los esposos, y de trecho en trecho, según usanza tomada de los Egipcios, parándose María, le echan encima olorosas esencias de rosa (3). Eran costumbres que aquel pueblo había recibido por tradicion de sus padres; y esto bastaba para que las observase escrupulosamente; de todo lo cual se infiere, la grande importancia que daban al matrimonio; y no hay para que decir, que todas esas costumbres estaban profundamente informadas de religion, que infundía místico color en todos los actos de dichas ceremonias. ¡Plugiese á Dios que interviniese, igualmente, la santidad de la inspiracion de la fé en la celebracion de los desposorios de nuestros dias, y que este acto tan solemne de la vida humana no se hiciese consistir únicamente en puras y vanas apariencias, como acontece con harta frecuencia en la mayor parte de nuestros países, aunque cristianos y católicos!

De esta suerte, pues, llegó la regocijada comitiva á la casa nupcial. Antes de pasar el umbral, era costumbre gritar: «¡Bendito aquel que viene!» ó sea el esposo. Al entrar en la sala, José envuelto en su manto, y María en su velo, fueron á sentarse, el uno al lado del otro, debajo el dosel. Luego José, después de colocar el anillo en el dedo de María «Tú eres, le dijo, mi mujer, según el rito de Moisés y de Israel.»

(1) Niebuhr, *Viaggio in Arabia*, tom. 1.

(2) *Ricerche storiche su la persona di Gesia Cristo e di Maria*.

(3) Orsini: *La Vergine*, etc. tom. 1, cap. VII.

Y la cubrió con su manto, según leemos que Booz lo hizo con Ruth (1). Entonces uno de los más próximos parientes derramó vino en una taza, y después de haberlo probado, dió de beber á los esposos, mientras que los demás arrojaban por el aire puñados de trigo; finalmente un muchacho, tomando el vaso, lo arrojó contra el suelo, reduciéndolo así á pedazos (2). Después de este acto, toda la reunion se levantó, y bendijo de nuevo al Señor, que había criado al hombre y la mujer; pasaron á la sala del banquete. Así, pues, la Religion entre los Hebreos, pueblo escogido de Dios, era la sustancia y la informacion de todo acto de la vida, tanto pública como privada; un feliz augurio en el principio, y feliz término y corona en el fin. Práctica útil y recomendable, que quisiera ver adoptada por todos los cristianos, conforme lo practicaban ya nuestros mayores en todas sus operaciones, persignándose á lo ménos con la augusta señal de la cruz: que no es, en suma, una cosa de tan poca importancia y vergonzosa, como piensan algunos; no, no es cosa pequeña ni vergonzosa el hacer públicamente la señal de la cruz, cuando con esta señal se adornan el pecho, aún en nuestros dias, los grandes de la tierra, y la llevan esculpida los reyes en sus coronas.

Pero hé aquí que llega, finalmente, la fiesta de las bodas de María, pasados los siete dias señalados por las costumbres hebráicas para tales regocijos; por eso los dos santos esposos se encaminan, en compañía de los parientes y amigos, alegres con el festivo acorde de flautas, címbalos y tamboriles, hácia la fuente de Anathoth, su país natal, que era Galilea. Largo era el viaje, siendo necesario atravesar los montes de Samaria, los bosques de Sicheim, el país de Garizim, y las elevadas cumbres de Ebal y de Sebaste, hasta que á mitad de la segunda jornada empezaron á aparecer el monte Thabor, las pendientes del Líbano y las selváticas cimas del Ermon, donde las cabras apacentábanse de tiernos pimpollos; y desde allí, pasando por la deliciosa llanura, que á manera de inmenso jarro de flores se extiende por delante, llegaron á Nazareth. Bella es esa ciudad, situada en un valle sembrado de cebada, trigo y trébol, donde todo vegeta maravillosamente, y se respira el fresco vientecillo de primavera, mucho más caluroso y suave que en nuestras regiones. Una luz límpida y dorada colora y embellece el cielo de tal manera, que arroba de encanto; riegan aquellos lugares frescos y cristalinos riachuelos; y veíanse también en aquellos dias elevarse aquí y allá ricas aldeas, rodeadas de bellos bosquecillos de palmeras, y de

(1) Buxtorf.

(2) Basnage, lib. VII, cap. XXI. *Instituz. di Mosé*, lib. VII, cap. 1.

trecho en trecho, alguna escarpada peña, donde las guardias del país hacían centinela para precaverse de los ladrones nocturnos y de los Arabes del desierto. En el centro de este encantador valle, ceñido todo de montes, situado en el confin de la tierra de Esdreton, se eleva sobre hermosa colina la pequeña Nazareth, en donde José y María hicieron su humilde entrada, puesto que su grande virtud solo era conocida del Señor del Cielo. ¡Salve, afortunados esposos, que no hubieron ni habrán iguales sobre la tierra! ¡Salve, almas puras é inocentes, unidas por los vínculos de un amor enteramente divino, como aquel que unió felizmente en un solo corazón á Adán y Eva, inocentes, en el paraíso terrenal! ¡Salve, noble estirpe de David, de presencia humilde é insignificante á los ojos de la sabiduría humana, pero siempre grande en virtud, y ahora más que nunca grandísima, pues se aproxima el día en que va á venir para colocarte de nuevo en toda la grandeza de tu antiguo esplendor el Deseado de los siglos!

¡Oh! sí, grande sobre toda ponderación y divino es, Dios mio, el espectáculo de la virtud y de la paz doméstica que gozan en Nazareth José y María, hechos esposos en cumplimiento de los designios de tu infinita misericordia para salvación del universo! ¡Oh sublime alegría de la inocencia, que brilla en los ojos de María, bajo la sombra protectora de su venerable esposo José, cuya alma está toda absorta en los profundos misterios de la divina Providencia, que le unió tan admirablemente á aquella criatura divina! ¡Oh mundo desventurado é infeliz, que tan neciamente de ries de la paz que descende del Cielo! muéstranos una familia tan tranquila y bienaventurada, donde tú entras á mandar con tus caprichos, con tus pasiones y con tantas promesas como haces de una completa felicidad. ¡Oh, Dios mio! que este espectáculo, tan conmovedor, que admiramos en José y María, brille en la mente de aquellos que se sienten llamados al elevado y gravísimo estado del matrimonio, y no podrá ménos de conmovérseles el corazón hasta derramar lágrimas! ¡Oh José! oh María! mostraos piadosos como fuisteis esposos de amor casto é inmaculado, á los jóvenes cristianos y á las inocentes doncellas; y aprendan de vosotros aquellas virtudes que santifican acá en la tierra, llevando en sí la bella y santa imágen de vuestra divina union, para descansar despues en el tálamo inmortal del Esposo de nuestras almas, Jesucristo, en el Cielo. Así SEA.

DIA CATORCE.

LA ANUNCIACION.

Missus est angelus Gabriel ad virginem desponsatam viro, cui nomen erat Joseph.

El ángel Gabriel fué enviado á una virgen desposada con cierto varon llamado José.

(Luc I, 27.)

Figuraos, hermanos míos, un hermoso y fértil campo enteramente cubierto de variada y exuberante vegetación, que en su tiempo haya sido cultivado y recibido oportunamente los ardores del sol y la benéfica lluvia del Cielo; vereis crecer en él bellas y ufanas plantas, llenarse en breve de flores, y cargarse de frutos, prometiendo así recompensar con abundancia los sudores con que el agricultor lo ha regado; y le cobrará tanto afecto, que empleará en él todos sus haberes y formará las delicias de su corazón. Lo propio sucede en una familia criada en los santos principios de la Religión, bajo la égida de la protección divina: adelantando cada día más en virtud y en santidad, será en breve espectáculo de solemne maravilla para el mundo, los Angeles y los hombres (1), que quedarán suspensos de estupor. ¡Figuraos, despues, cuánto se complace Dios y goza en colmarla abundantemente de sus más gratas bendiciones! Entre muchos de los ejemplos que podría aducir, mirad, os diré, á las familias de Noé, de Abraham, de Isaac, de Jacob y de todos los virtuosos y venerables patriarcas de la antigua alianza: no solo gozaron con abundancia de toda suerte de bienes que puede honradamente suministrar la tierra, sinó que, además, elegidos por su fé y piedad sincera para recibir revelaciones sobrenaturales, que un día debían manifestarse á todas las

(1) I CORINTH. IV, 9.